

SEMANA SANTA: EL RETORNO DEL MISTERIO.

**DANIEL DE PABLO MAROTO,
Carmelita Descalzo de “La Santa”.**

Llega de nuevo la Semana Santa a nuestros pueblos y ciudades. “Pregoneros” anuncian la noticia como acontecimiento religioso o acto de cultura popular. Músicas fúnebres de tambores y cornetas acompañan a los “pasos” de la pasión de Cristo llenando nuestras calles que deja vacías el tráfico rodado habitual. Gentes anónimas bajo los capirotos, o a cara descubierta, procesionan, cada uno con sus hábitos multicolores, con las insignias de sus cofradías, acompañando a “su” Cristo o a “su” Virgen.

Y en los márgenes de ese río humano, una innumerable muchedumbre de fieles, del lugar o foráneos, de curiosos turistas que han venido a “ver”, a curiosear, quizás a emocionarse con el amigo, conocido o desconocido Cristo, a compartir las penas del sufriente y paciente Nazareno, con su Madre María, con los apóstoles medrosos, con las valientes y fieles mujeres que nunca lo abandonaron. Ante los “curiosos” de toda raza, lengua, pueblo y nación, pasarán los encapuchados con sus cirios encendidos ante el Cristo de la última Cena, de la oración en el Huerto de los Olivos, del Prendimiento y la traición de Judas, del juicio ante Anás y Caifás o en el pretorio de Pilato.

Oirán todavía al pretor romano dictando la sentencia de muerte: condenado a morir crucificado por agitador popular, y, finalmente, subirán con él por la calle del dolor hasta el Monte de la Calavera. Los piadosos creyentes en Cristo, Dios y Hombre, sentirán con él la agonía de la muerte viéndolo expirar mientras pronuncia las últimas palabras: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”, “en tus manos encomiendo mi espíritu”, “todo se ha consumado”.

Cuando acabe el desfiles procesional de los cofrades y las imágenes, es posible que a ninguno de los presentes deje indiferente. Las creaciones de los geniales artistas cumplirán su función mediática conduciendo a los mirones a la realidad profunda del misterio del Dios encarnado. Es posible que alguno se sienta interpelado asumiendo la personalidad de los protagonistas: el de Jesús, el Cristo, condenado a muerte siendo inocente; el de Judas, el traidor de la causa de Cristo; el de Pedro, el renegado a tiempo parcial, que lloró amargamente su traición; el de los apóstoles adormilados en el Huerto de los Olivos; o, quizá, también, el del discípulo amado, Juan, perseverante en la prueba final de la crucifixión junto a María y algunas fieles y enamoradas mujeres. ¡Ojalá que algunos de los alejados y traidores vuelvan al redil!

Éstas son las “figuras de la Pasión” que desfilan ante nuestros ojos en un eterno silencio, sin pronunciar palabras del diccionario de los presentes, venidos de Oriente o de Occidente. Las “imágenes” hablan un lenguaje universal, el de la madera policromada, en el drama humano de las figuras, en este espectáculo teatral de nuestras calles; pero cada uno lo entiende “a su manera”, aplicándolo a la situación existencial que está viviendo en ese momento.

La Semana Santa es esencialmente una fiesta de los cristianos, pero provoca sentimientos encontrados en todos los presentes a la ceremonia litúrgica de calles y plazas, en los oyentes de las retransmisiones radiofónicas, los videntes de la Televisión o lectores de los periódicos. Las actuales “representaciones” callejeras de la pasión y muerte de Cristo nos conducen **al misterio del Dios invisible que se encarna en Jesús de Nazareth**, que se hace Mesías y Redentor no a la medida de los hombres, triunfador y glorioso, sino “a su manera”, en la debilidad de un inocente condenado injustamente. Los hombres que lo crucificaron, romanos o judíos, no son, no pueden ser condenados por “deicidas”. Sólo mataron al “hijo del hombre” de las profecías bíblicas, al enmascarado “hijo de Dios”, irreconocible como tal porque había nacido de mujer y en carne mortal, sujeto a la ley, como todos los hombres.

Ésta es la realidad profunda de la Semana Santa: la memoria de un acontecimiento liberador, **del misterio de Dios con nosotros**. Él, desde la cruz del Crucificado Jesús, sigue gritando paz, amor, reconciliación, solidaridad, fortaleza y todas las virtudes cristianas que se hacen “humanas” en la carne del Crucificado. Ante este gran misterio de la historia, en nuestra sociedad desacralizada, quedan grupos marginales laicistas, militantes anticristianos, que se empeñan en hacer procesiones paralelas, algaradas callejeras para demostrar que no están de acuerdo con el papa, con los curas, con la religión cristiana. Son excusas para no entrar por la vía estrecha del Cristo crucificado, transmitida por la Tradición. Espero que no respiren por las heridas de su egoísmo. Que al menos respeten el misterio del Dios hecho hombre, a quien traducimos a veces mal nosotros, sus intérpretes de todos los tiempos.

Finalmente, un apunte crítico. Me sigue disonando eso de que la Semana, “Santa”, en cuanto evoca **el misterio de Dios en la tierra**, sea declarada “de interés turístico” local, regional, nacional o internacional. Ciertamente no lo ha pedido la Iglesia, sino las autoridades civiles con el buen deseo de atraer turistas a las ciudades en las que artísticamente se “representa” en imágenes la pasión de Cristo, un suceso de hace casi dos mil años. ¡Quiera Dios que los motivos demasiado temporales de los hombres, él lo transforme en gracias espirituales y conversiones a la fe!